

EL AFFAIRE RUSSIER

SUICIDIO POR AMOR

El 1 de septiembre de 1969 se suicidó en Marsella, abriendo una llave del gas, la señora Gabrielle Russier, treinta y dos años, divorciada y madre de dos niños.

Ahora, más de un año después, con el estreno en Francia de la película de André Cayatte, "Mourir d'aimer", inspirada en aquel triste suceso, el llamado "affaire Russier" ha vuelto a cobrar actualidad.

La historia comienza poco tiempo antes del turbulento mayo francés. Gabrielle Russier es profesora del liceo Nord de Marsella, una profesora como hay pocas, según reconocerían después quienes la conocieron.

Las relaciones entre ella y sus alumnos son muy cordiales: a los más aplicados los llevaba con frecuencia a visitar museos o bien los invitaba a su casa a escuchar música o simplemente para charlar. Siempre está abierta al diálogo y es para los chicos una auténtica camarada.

Un día, Gabrielle Russier se fija en uno de los alumnos que asisten a su clase de sexto curso de Bachillerato: es un muchacho barbudo y algo tímido que se llama Christian Rossi. Gabrielle conoce a los padres de Christian, profesores de Universidad los dos; ella misma ha sido discípula de madame Rossi en la Facultad. Gabrielle Russier se siente inmediatamente atraída por Christian, quien a su vez se enamora en secreto de su profesora.

Por aquel entonces estalla en Francia la revolución. En Marsella, como en el resto del país, los estudiantes se manifiestan en masa. Christian es uno de los primeros en acudir al liceo Thiers, donde los estudiantes de Enseñanza Media celebran continuamente mi-

tinios políticos. Sus padres están totalmente de acuerdo con él. Son ex militantes del Partido Comunista francés y simpatizan ahora con la izquierda revolucionaria. Toda la familia Rossi hace la revolución: hay noches en que nadie vuelve a casa, ocupados como están en las manifestaciones que se suceden ininterrumpidamente.

Esos días, Gabrielle y Christian, la profesora de treinta y un años y el alumno de dieciséis, van a todas partes juntos. No pueden ni quieren disimular por más tiempo que se aman. La revolución los ha unido definitivamente. Han descubierto la libertad.

Pero termina mayo y todo cambia. Christian no puede pasar ya las noches fuera de casa. Sus padres sospechan que hay algo entre él y Gabrielle Russier. Para evitar lo inevitable, el señor Rossi decide enviar a su hijo a Alemania primero y luego a Italia, a pasar el verano con dos familias que conoce. A Christian le resulta insupportable esa separación y pide a Gabrielle que vaya a verlo. Esta acepta en ambas ocasiones. Pasa el verano y Christian vuelve otra vez a Marsella, donde él y Gabrielle Russier siguen viéndose todos los días.

A principios de octubre ambos deciden, de común acuerdo, contarlo todo a los padres de Christian. Al fin y al cabo son padres liberales y seguramente aceptarán el hecho. Pero sus esperanzas se ven totalmente defraudadas. La reacción de monsieur Rossi es muy violenta: «¡Fuera de mi vista! —le grita a su hijo—. ¡Te prohíbo que vuelvas a ver a esta mujer!». Christian se jura a sí mismo que no pondrá más los pies en aquella casa.

Gabrielle se lo lleva entonces a vivir con ella. Pero Christian acaba de cumplir diecisiete años, es decir, que, según la ley, está todavía bajo la tutela de sus padres: «Eres el primer hombre que he conocido en toda mi vida», le escribió Gabrielle en cierta ocasión; para los efectos legales, sin embargo, Christian es todavía un niño. El señor Rossi envía a un amigo común, también profesor, para que trate de persuadir a Gabrielle de que «suelte» al muchacho. Pero éste se

Gabrielle Russier era una profesora como hay pocas, según reconocerían después cuantos la conocieron.





En la película de André Cayatte, los papeles de Danielle y de Christian son interpretados por Annie Girardot y Bruno Pradal.

un proceso y Gabrielle Russier es condenada a un año de cárcel y multa de 500 francos por «perversión de menores». La amnistía promulgada a raíz de la subida de Pompidou a la Presidencia de la República no alcanza a Gabrielle, pues los miembros del «parquet» (representantes del Estado en la Justicia) se oponen a su liberación. Encarcelada entre detenidas de derecho común —prostitutas, ladronas, etcétera—, Gabrielle no resiste las humillaciones y se suicida con gas después de haber ingerido una gran dosis de barbitúricos. ■

¿QUIEN SUICIDÓ A GABRIELLE?

niega rotundamente a volver a casa de sus padres. Monsieur Rossi decide entonces hacer uso de los poderes que le confiere la ley para enviar a Christian al internado de Argèles, cerca de Lourdes. Los muchachos del internado, para quienes Christian es todo un héroe, organizan una colecta a su favor y le ayudan a escapar.

Cuando se entera, el padre de Christian se querrela contra Gabrielle Russier. Las autoridades tratan de averiguar el paradero del muchacho, pero Gabrielle es una mujer «de palabra» y se niega a hablar, por lo que es condenada a prisión preventiva. Finalmente, Christian reaparece y Gabrielle es puesta otra vez en libertad.

Sin embargo, antes de que pase mucho tiempo se produce una nueva fuga de Christian, seguida de una nueva detención de la profesora.

El 8 de diciembre, Christian es llevado por un amigo de Gabrielle Russier ante el juez de instrucción. Los padres del muchacho deciden internarle entonces en una clínica psiquiátrica, donde será sometido a observación.

A principios de 1969, el muchacho sale de la clínica y se instala en un hogar juvenil, mientras frecuenta, en calidad de mediopensionista, el liceo Thiers. En abril va a vivir a casa de su abuela en Montpellier. El 19 de ese mismo mes, Christian desaparece nuevamente, y el Tribunal de Apelación de Aix decreta que «la detención de Gabrielle Russier es necesaria para establecer la verdad...»; doce días después de su huida, Christian vuelve a aparecer y Gabrielle es inmediatamente liberada. Pero los padres del muchacho se querellan: se entabla

París.—En sólo un mes de proyección, cerca de un millón de franceses —trescientos mil en París— han visto «Mourir d'aimer», y quién más o quién menos ha vertido una lágrima en la oscuridad. La película acaba de obtener, además, el Gran Premio de Cinematografía. «Mourir d'aimer» narra casi fielmente lo ocurrido a la profesora de Liceo Gabrielle Russier —durante y después de la explosión de mayo de 1968—.

A raíz del suicidio de la profesora se publican en Francia varios libros, entre ellos las «Cartas desde la cárcel», de Gabrielle Russier. Ciertos cantantes —Serge Reggiani y... ¡Aznavour!— cantan el tema. Gabrielle es una «mina», un tema soñado, de rentabilidad segura. Algunos escritores y artistas comienzan a encontrar de mal gusto esta explotación, y critican tanto a la sociedad que llevó a Gabrielle al suicidio como a la operación de recuperación del cadáver, efectuada después.

Cuando François Truffaut se entera de que Cayatte se dispone a hacer una película sobre el tema, le advierte: «¿Estás seguro de que hubiese querido esto ella?». Cayatte contesta con una frase de Gabrielle Russier, cogida de sus «Cartas»: «Quisiera que, al menos, lo que me sucede a mí sirva para que no vuelva a sucederle a nadie».

Y añade: «Lo que quiero demostrar es la inadaptación de las leyes a la evolución de las costumbres».

A pesar de un cierto maniqueísmo (los partidarios de la pareja son buenísimos; sus adversarios, malísimos hasta la caricatura), Cayatte demuestra más. Abogado en sus comienzos, dejó la toga por la cámara, y el sueco Ingmar Bergman le considera el mejor cineasta francés de su generación. Películas como «Justicia cumplida», «Somos todos asesinos», «Le dossier noir» o «Los riesgos del oficio» tratan todas las dificultades de juzgar («Juzgar —decía Malraux— significa no

comprender, pues si se comprendiese no se juzgaría») y han ejercido una influencia social considerable. En «Morir de amar» no sólo denuncia la existencia de unas leyes retrógradas, los conceptos y motivaciones extraños que dictan sentencias de jueces, sino que ataca con más violencia aún a los que no ponen al unísono ideas y actos. Se encarna, por ejemplo, con el padre del joven, quien después de haber defendido y propagado las ideas del mayo revolucionario, no vacila en recurrir a todo el arsenal de leyes de una sociedad que dice combatir para arrancar a su hijo de las «garras» de Gabrielle. Película generosa o ambigua que no cabe juzgar con criterios artísticos. El mismo Cayatte dejó esta cuestión de lado. El hecho es que, en un mes, un millón de franceses han ido a verter unas

lágrimas por Gabrielle. Un millón de franceses que se purifican así, en un psicodrama nacional.

En una Francia desgarrada por la aparición de una juventud rebelde y su consecuencia, el Tomasini represivo; una Francia a quien el neocapitalismo galopante obliga a operar en caliente mutaciones y reconversiones inhumanas, donde los «gauchistas» de mayo fueron presentados como los causantes de todos los males, Gabrielle y Christian simbolizaron para los jueces y para los electores del miedo la imagen de la negación de los valores establecidos.

En un solo mes de proyección, cerca de un millón de franceses —trescientos mil en París— han visto «Mourir d'aimer». ¿Quién suicidó, pues, a Gabrielle Russier? ■ RAMON LUIS CHAO.



Encarcelada entre ladronas y prostitutas, Gabrielle no pudo resistir tanta humillación...

SUICIDIO POR AMOR

Las declaraciones del joven Christian Rossi que publicamos a continuación tratan de responder a las acusaciones vertidas en la entrevista concedida por sus padres a Jean Cau para el semanario «Paris-Match». Según el padre de Christian, Gabrielle Russier habría sido oportunamente advertida del peligro que representaban sus relaciones con sus alumnos, relaciones que desbordaban el marco pedagógico y podían provocar a la larga trastornos psicológicos en alguna de las dos partes. «A través de Christian —dicen que le confió Gabrielle a una amiga— tengo la impresión de "flirtear" con toda mi clase».

El señor Rossi asegura también que trató de convencer a su hijo en repetidas ocasiones del riesgo que suponían, tanto para su vida afectiva como para sus estudios, las relaciones con su profesora, pero que Christian no había hecho ningún caso.

Por otra parte, afirma que la señora Russier estuvo bajo tratamiento de un psiquiatra y que, según los expertos que la examinaron a raíz de una de sus detenciones, demostraba «inmadurez y avidez afectiva, consecuencia de frustraciones precoces». Mantiene también que había tenido ideas de suicidio mucho antes del verano de 1969.

Siempre según el señor Rossi, durante una de las pesquisas de la Policía se encontraron en casa de Gabrielle Russier bebidas alcohólicas y unas pastillas hipnóticas que, asociadas con el alcohol, producen efectos parecidos a los del LSD, así como una película de carácter muy íntimo, tomada al parecer por otro alumno de Gabrielle.

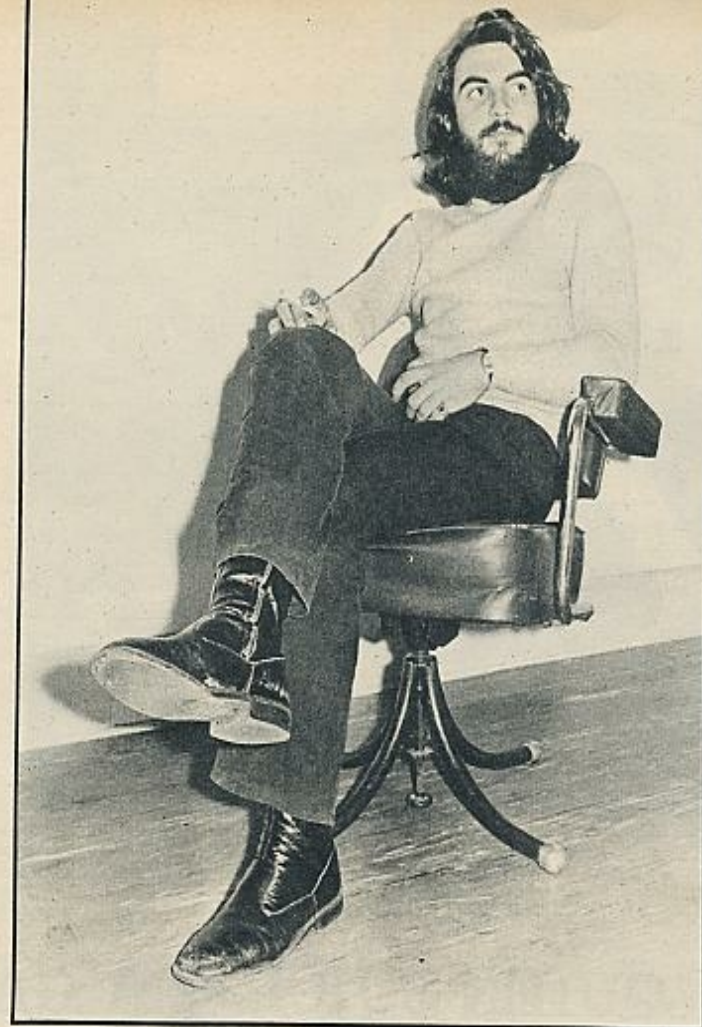
El padre de Christian asegura que sólo recurrió a la ley tras haber agotado todos los demás recursos y que no es verdad que sintiese nunca una animadversión personal contra la señora Russier.

LA ENTREVISTA

«Esta es mi verdad»

● Sus padres han pasado al ataque. En una entrevista publicada en «Paris-Match», lanzan graves acusaciones contra usted y contra Gabrielle Russier. El lunes pasado, su abogado pidió que se secuestrase la película «Mourir d'aimer». ¿Qué piensa usted de su actitud?

CHRISTIAN ROSSI.—Es una actitud de justificación. Una necesidad de justificación que yo considero estúpida. Lo que yo más les reprocho es que se hayan ocupado de mi vida privada. Era algo que en absoluto les concernía. Y aho-



Christian Rossi, el muchacho barbudo y algo tímido del que se enamoró la profesora del liceo Nord de Marsella.

CHRISTIAN RESPONDE A SUS PADRES

ra para justificarse vuelven a la carga... la película los ha sensibilizado, se han reconocido en los personajes, y ahora, para liberarse de su imagen, atacan.

● ¿Son tan parecidos a la realidad los personajes de la película de Cayatte?...

C. R.—La película está inspirada en la realidad. Sí, en cierto modo podemos hablar de un paralelismo... Pero el paralelismo se da

más en el fondo que en los personajes.

● Sin embargo, sus padres se defienden bien. Rebaten punto por punto...

C. R.—La película muestra claramente su lado abusivo. Y esto es lo que les da miedo. Pero es la verdad: en mi opinión, abusaron de sus derechos a costa de Gabrielle y a costa de mí. Eso es lo esencial: han abusado.

● Los puntos que rebaten en la entrevista de «Match» han preocupado a mucha gente que al principio estaba de parte de usted. Por ejemplo, afirman que usted apenas tenía quince años cuando comenzaron sus relaciones con Gabrielle Russier.

C. R.—Falso. La conocí cuando tenía quince años y medio, pero nuestras relaciones comenzaron a mis dieciséis años y medio.

● ¿Usted era alumno suyo?

C. R.—Sí, yo estaba en sexto curso... Todo comenzó hacia finales de año.

● Una historia de amor entre un alumno y una profesora es una cosa que puede ocurrir, pero que no es frecuente.

C. R.—Sí, pero en estos casos desaparece la noción de profesor y alumno; por lo menos es lo que nos ocurrió a nosotros.

● ¿Recuerda usted cómo empezó todo? ¿Se acuerda del primer día? ¿Cuándo ocurrió exactamente?

C. R.—No.

● ¿Fue tal vez antes de mayo de mil novecientos sesenta y ocho?

C. R.—No, creo que fue después.

● Se ha dicho que ustedes estuvieron todo el tiempo juntos durante los acontecimientos de mayo.

C. R.—E incluso antes.

● ¿Representó algo importante para usted mayo de mil novecientos sesenta y ocho?

C. R.—Respecto a nuestras relaciones, creo que no; bueno, tal vez sí... nos aproximó un poco más: vimos que había una serie de puntos sobre los que estábamos de acuerdo.

● Háblenos de las relaciones entre Gabrielle y sus padres. ¿Cómo eran al principio?

C. R.—Ella venía a mi casa. Mis padres la conocían.

● ¿Porque era amiga suya o porque era profesora, como ellos?

C. R.—Había sido alumna de mi madre en la Facultad.

● Eso nunca se ha dicho...

C. R.—No sé... En cualquier caso, mi madre era profesora de Letras en la Facultad de Aix-en-Provence, y Gabrielle, alumna suya.

● ¿Qué recuerdos guardaban una y otra de aquella época?

C. R.—Mi madre guardaba un buen recuerdo.

● ¿Y Gabrielle?

C. R.—Bueno, Gabrielle no iba mucho por la Facultad, y mi madre es una profesora como las demás.

● Y un buen día Gabrielle empezó a caerles mal a sus padres...

C. R.—Así es.

● ¿Por qué?

C. R.—Porque sí... Fue antes de que hubiese nada entre nosotros. Quizá notaban algo... sobre todo mi madre.

El Yanko...

**O el guante
Yanko.**



No se encuentran Yanko en todas las zapaterías.



Si él diseñara un coche, insistiría en estabilidad a toda prueba.

Quien esté acostumbrado a tomar curvas a todo gas, exige suspensión de primera. Pues el 1200 se lo da hecho.

Tracción delantera, barras estabilizadoras y de torsión trabajan coordinados para darle el mejor agarre a la carretera. Ningún otro coche en su categoría de precio tiene un sistema tan seguro.

Para completar estos adelantos técnicos, el 1200 ofrece nuevos toques de lujo y comodidad: Asientos delanteros reclina-

nables. Techos y pilares interiores tapizados con vinilo perforado. Asideros sobre las puertas. Luces intermitentes en las aletas delanteras. Encendedor que nunca falla. Llave en la guantera y doble bocina.

Embellecedores de ruedas y espejo

retrovisor exterior. Todo eso como equipo de serie.

Una vez más, gracias por habernos dicho cómo quería su coche.



CHRYSLER
ESPAÑA S.A.
Empresa de hoy y del futuro

La más completa de España en automoción. Fabricante de los camiones, autobuses, tractores y motores Barreiros.

Simca 1200: el coche que usted diseñaría.

SUICIDIO POR AMOR



«Mucha gente tiene en su casa bebidas alcohólicas y productos hipnóticos, y no por ello son unos drogados».

● ¿Insinúa usted que su madre pudo tener celos?

C. R.—Es una cosa complicada la manera de comportarse de la gente... No sabría decirle. ¿Celos de mí? Quizá. ¿De Gabrielle? También es posible.

● ¿Y su padre?

C. R.—En mi opinión, se dejó influir por mi madre. Y así empezó todo.

● Sus padres son gente liberal, ¿no es así?...

C. R.—¡Eso es lo que dicen y no se cansan nunca de repetir! Pero la verdad es que son liberales cuando se trata de algo que no les concierne directamente...

● ¿Pero unos padres que se ofrecen para recoger a los hijos pequeños de la amiga de su hijo no pueden ser reaccionarios!...

C. R.—Esta historia que han contado al «Paris-Match» es nueva para mí.

● ¿Es falsa entonces?

C. R.—Sí, totalmente falsa. Como es falso decir que Gabrielle había dado ciertos pasos para casarse conmigo.

● ¿Seguro?

C. R.—Absolutamente.

● ¿Usted nunca habló de matrimonio con Gabrielle Russier?

C. R.—No. Nunca nos planteamos semejante cosa. De todas formas, no hubiéramos conseguido nada, ya que yo soy opuesto al matrimonio.

● ¿Al matrimonio en general o al matrimonio con Gabrielle?

C. R.—Al matrimonio en general. Y creo que ella también estaba en contra por la experiencia que ya había tenido en ese sentido.

● Pero, ¿cómo veían ustedes el futuro? ¿Qué proyectos tenían? ¿Pensaban que algún día llegarían a separarse?

C. R.—Yo no me preocupaba demasiado del futuro. Yo esperaba poder vivir con ella mientras durase aquello. Y aquello podía durar siempre, pero también podía durar sólo meses. Nunca me imaginé que mis padres reaccionarían como lo hicieron. Jamás pensé que todo ocurriría por su culpa...

● Sus padres aseguran que Gabrielle Russier tenía una gran influencia sobre usted...

C. R.—No sé. Depende. Lo que sí puedo decirle es que yo también la incité a hacer cosas que normalmente no hubiese hecho.

● ¿Por ejemplo?

C. R.—Venir a verme a Alemania y también a Italia cuando se lo pedí.

● ¿Cuál de los dos dio, como suele decirse, el primer paso?

C. R.—No sabría decirle... pero, ¿qué más da?...

● Sin embargo, usted debe de

haber pensado mil veces en esta historia. Millones de personas se habrán imaginado el encuentro entre ustedes dos y, sin embargo, usted dice que no se acuerda...

C. R.—Cuando se conoce a alguien desde hace mucho tiempo, uno no sabe a ciencia cierta quién dio el primer paso, ni en qué dirección. No lo sabe.

● ¿Tenía usted la impresión de estar en plan de igualdad con ella? Quiero decir: ¿no se le ocurrió pensar alguna vez que usted no era más que un muchachito, mientras que ella era ya una señora?

C. R.—No, no. Todo lo contrario.

● ¿Cómo todo lo contrario?

C. R.—En ciertas cosas demostraba ser más vieja que yo, pero había otras en que yo parecía más maduro que ella.

● ¿Cuáles?

C. R.—Bueno, yo era mucho menos ingenuo que ella en muchas cosas. Por ejemplo, en lo referente a mis padres, ella estaba segura de que todo se arreglaría un día; pero yo no lo estaba tanto. Era ella la ingenua...

● ¿Qué me dice de la política? ¿Pensaban del mismo modo?

C. R.—Sí, a menudo.

● ¿Eran ustedes izquierdistas?

C. R.—Sí. Ella también.

● ¿Influyeron uno sobre otro en lo referente a la política? ¿O fue tal vez casualidad?

C. R.—Yo hacía política antes de conocerla. Y ella también.

● ¿Era su primer amor?

C. R.—¿En qué sentido?

● ¿La primera vez que usted amaba a alguien?

C. R.—Que yo amaba de verdad a alguien, sí. Creo que sí.

● ¿Usted la amaba de verdad?

C. R.—Sí...

● ¿No será que la tragedia embellece ahora el recuerdo?

C. R.—¡No! En absoluto. Sé que no habría permitido que me recluyesen en un centro de observación o en una clínica psiquiátrica si no la hubiese amado. Y ella no habría consentido en ir a la cárcel de no haberme querido de verdad. Antes de encerrarla trataron de sacarle dónde estaba yo. No quiso decirselo. También a mí me dijeron que me pondrían en li-

bertad si prometía que no volvería a verla; yo me negué rotundamente. ¿No es prueba suficiente?

● ¿Fue su primera aventura?

C. R.—No.

● Usted ha sido un muchacho muy precoz...

C. R.—No sé. Lo cierto es que antes había tenido otras aventuras y, en general, con mujeres mayores que yo. Pero mujeres de aspecto más bien joven.

● Volvamos a las «acusaciones» pronunciadas por sus padres contra Gabrielle Russier. Ellos mantienen que Gabrielle estuvo en tratamiento psiquiátrico antes de que ustedes dos se encontraran. ¿Es cierto?

C. R.—No. Ella iba a la consulta de un psiquiatra que la trataba por fatiga nerviosa. Pero esto es muy corriente.

● ¿Qué provocó en ella la fatiga nerviosa?

C. R.—No sé... Su matrimonio, su divorcio, sus exámenes. Además, ella tenía que criar sola a sus hijos... En la entrevista de «Match», mis padres insinúan que tenía abandonados a sus hijos. Eso es falso. Totalmente falso.

● ¿Se drogaba?

C. R.—Jamás. Pero tenía en casa calmantes, como todo el mundo: librium, valium y cosas así. Lo que no es nada objetivo es decir, como ellos dijeron, que tenía medicamentos y que los mezclaba con alcohol. Esas cosas pueden pasar por pura casualidad: uno se toma un calmante y luego una copa, y es como si se drogase. Pero ella no hacía cosas así. También usted tendrá en casa una botella de coñac y algún tubo de calmantes... y no por ello es un drogado... Si la Policía hubiese registrado en casa de mis padres —cosa que no ha hecho— también habría encontrado medicamentos y alcohol. Repito que esto no significa nada... Otra cosa: tras el registro, el juez le reprochó a Gabrielle que tuviese las obras completas de Sartre, ¡pues bien!, ¡también mis padres las tienen!, ¿qué objetividad es esa?

● Sus padres dicen que Gabrielle hablaba a menudo de suicidio.

C. R.—Eso es algo que ellos no pueden saber.

● ¿Habla de suicidio cuando estaba con usted?

C. R.—No. Nunca.

● ¿Se ha drogado usted alguna vez?

C. R.—Jamás.

● Se dice que Gabrielle le escribía a usted diez cartas al día; parece extravagante...

C. R.—Falso también. Me escribía todos los días, pero sólo llegué a recibir diez cartas diariamente cuando mi padre me reexpidió el correo que previamente había retenido.

● ¿Y el famoso «film no apto para proyectar», en el que están ustedes dos y que, según sus padres, choca a la moral?

C. R.—Es una película tomada en su casa: se nos veía a los dos sentados en un diván, cogidos de la mano, y en un determinado momento nos abrazábamos; es todo.

● ¿Quién tomó la película?

C. R.—Un amigo. Había un tomavistas de ocho milímetros sobre una mesa, igual que ese cenicero, y él lo cogió y empezó a filmar...

● Sus padres aseguran que usted nunca fue internado con los locos...

C. R.—Bueno, ellos matizan. Dicen que nunca se me internó en un hospital psiquiátrico; pero sí estuve en una clínica psiquiátrica.

● ¿Qué diferencia hay?

C. R.—Una clínica psiquiátrica es algo más que una casa de reposo y algo menos que un hospital psiquiátrico. Pero también en la clínica hay un servicio para agitados. En la clínica en cuestión, que se llamaba L'Emeraude, había toda una ala del pabellón con veintidós o veintitres celdas para los agitados. Si las he contado es porque estuve allí encerrado durante casi dos meses. No, no he estado entre locos, si usted lo prefiere, pero he visto cosas bastante sorprendentes. Una semana antes de irme, por ejemplo, vi a una mujer que, nada más entrar, quitó el colchón, las mantas y las sábanas de la cama y se puso a saltar y a bailar sobre el somier. Le daban esos ataques a las cinco de la mañana y a las siete de la tarde. Otra vez, un tipo hizo un agujero en el techo de su celda para escaparse. Una

SUICIDIO POR AMOR

vez fuera, taponó el agujero con una sábana. Se lo encontraron cuarenta y ocho horas después, sentado en el tejado, esperando no sé qué.

● ¿Cómo reaccionaban sus padres cuando iban a verle? ¿Se mostraban tal vez compungidos?

C. R.—No demasiado. Siempre creyeron tener razón. Además, se comportaron con gran hipocresía. Por ejemplo, me decían: «¿Vas a Montpellier?». «No». «Bueno, ya pensaremos en otra solución». Y luego iban a ver al médico y le decían: «Que siga aquí». Sólo ellos tenían la culpa de mi reclusión, porque el día en que me declaré dispuesto a ir a Montpellier, ese mismo día por la tarde yo estaba ya curado como por encanto...

● ¿Qué tipo de infancia tuvo usted?

C. R.—Una infancia bastante holgada, en la medida en que mis padres tenían dinero... Un doble sueldo de profesor de Facultad no está del todo mal... Yo tenía un dormitorio para mí solo. Y nunca me faltó qué comer. Pero mis relaciones con mis padres nunca fueron demasiado buenas.

● ¿Le querían a usted?

C. R.—No sé...

● Y usted, ¿les quería a ellos?

C. R.—No.

● ¿Por qué?

C. R.—Porque nunca hubo demasiadas afinidades entre nosotros... Uno no elige a sus padres. Está bien eso de tener padres que le dicen a uno: «Sí, hay que tomar la Facultad; hay que ocupar el Liceo», pero cuando se trata de poner en práctica esas ideas, de adaptarlas a su caso particular, ¡ah, entonces!... No sé... pero no han sido consecuentes y no sólo en esto.

● ¿Cree usted que ellos sufren ahora por todo lo que ha ocurrido?

C. R.—No sé. Apparentemente, no. Ahora tal vez... No sé.

● ¿Es usted hijo único?

C. R.—No, no. Somos cuatro. Tengo un hermano que pronto cumplirá los diecisiete, una hermana de quince años y medio y otro hermano que debe de tener catorce ahora.

● ¿Qué piensan ellos?

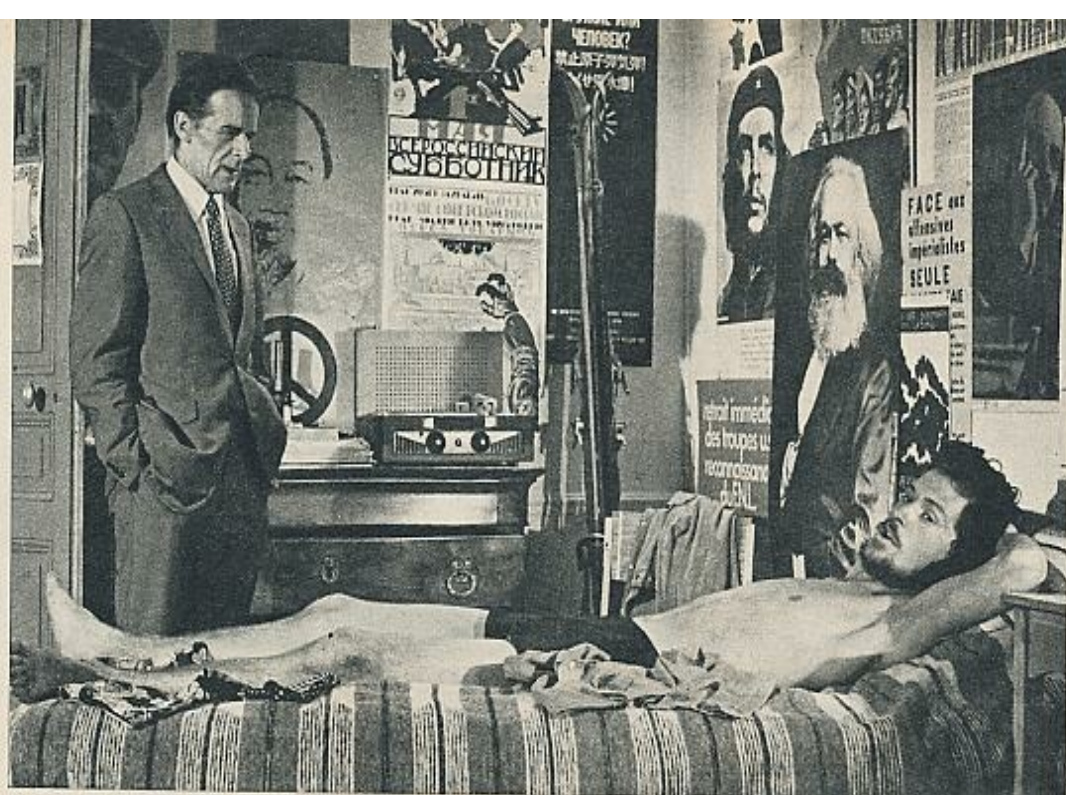
C. R.—¿De quién?

● De usted, de esta historia, de este suceso...

C. R.—No sé. No los veo.

● Quiero decirle algo: muchos padres «liberales» se han replanteado muchas cosas después del «affaire Russier» y, más recientemente, a raíz de la entrevista concedida por sus padres. ¿Qué habrían hecho ellos en este caso? Los más honestos se niegan a contestar a esta pregunta. ¿Y usted se atreve?

C. R.—Cuando a uno le pasa una cosa así la tentación es grande de



Los padres de Christian eran antiguos miembros del partido comunista o hicieron, lo mismo que su hijo, la revolución de mayo

contestar: «No, yo no haría eso». Pero en mi caso particular es la verdad: yo siempre he pensado que no lo haría.

● También lo habrán pensado sus padres... ¿No es ese su drama?...

C. R.—No... No es verdad; no lo creo. Pero ya que usted me lo pregunta, le contestaré que, en un caso así, yo llamaría a mi hijo y le diría claramente: «Quieres irte, pues vete. No cuentas conmigo, pero si un día te cansas puedes volver», eso es todo. Creo que es la única postura decente, pensar: «Bueno, si puede ser feliz en alguna otra parte, allá él».

● ¿No cree usted que es una postura un poco cómoda?

C. R.—Quizá sea demasiado fácil, sí. Pero hay que tener en cuenta siempre el amor propio de las personas. Estoy seguro que serían muy pocos los que volverían... Todos tratarían de arreglárselas solos. Y sólo en un caso extremo... Pero está claro que depende también de la educación. Creo que es imposible retener por la fuerza a una persona que quiere largarse. Un prisionero sale siempre de su prisión. Y cuando te sienten prisionero, da igual que lo que buscas en otra parte no sea del todo esencial; terminarás convencido de que es mejor que lo que tienes.

● ¿Puede usted perdonar a sus padres?

C. R.—Perdonarles...

● Sí, el haber provocado, indirectamente, la muerte de la mujer que usted amaba.

C. R.—No son los únicos responsables, eso es verdad, pero, de todas formas, yo no les perdono nada. Uno se responsabiliza de sus actos y no tiene derecho a esperar el perdón de los demás. Pero no son los únicos responsables, puesto que si la sociedad, si todos nosotros no pusieramos a su disposición una serie de armas, ellos solos nada podrían hacer. Sí, son responsables de haber utilizado esas armas; esto es algo que

yo no les perdono... Pero lo que les perdono aún menos es que no hayan sido consecuentes consigo mismos. De nada vale que ahora se defiendan; yo sé que lo que hicieron no se ajustaba a sus ideas, por lo menos a lo que ellos decían que eran sus ideas. Eso es lo más grave de todo. La sociedad es culpable de haber puesto a su disposición ciertas leyes y ellos de haberlas utilizado, pero el primer responsable es la sociedad.

● Fuera de los hechos, que han debido de constituir para usted una durísima prueba, todo este «affaire» —la publicidad, los libros, las películas, esa etiqueta de héroe trágico que le han pegado a la espalda—. ¿no le resulta ya fastidioso?...

C. R.—Sí, estoy hasta la coronilla. Pero hay en el «affaire» (que así lo llaman ahora) un aspecto necesario: lo que a mí me ha ocurrido, este suceso como tantos otros que pueden leerse en la prensa diariamente, es una prueba más para engrosar el «dossier» de la acusación contra la sociedad. Por eso está bien que se utilice. Con lo que no estoy de acuerdo, sin embargo, es con el otro aspecto: el morboso... ese afán de transformar a la gente en héroes...

● A usted le debe de costar trabajo liberarse de todo esto. ¿Cree que lo conseguirá?

C. R.—Espero... creo...

● ¿Y no lo habrá conseguido ya, aun sin saberlo?...

C. R.—No, no creo. Eso sí, lo intento... intento vivir mi vida, nada más... Hago todo lo que puedo por escapar a ese personaje que no tiene nada que ver conmigo: ese personaje que han promocionado por ahí, el amante de Gabrielle Russier... ¡No! Yo soy yo, y eso es todo. Imposible definirme en un simple artículo de periódico.

● ¿El recuerdo que usted conserva de Gabrielle Russier no está tal vez algo enturbiado por todo este ruido, toda esta confusión creada en torno al «affaire»?

C. R.—En absoluto.

● ¿Qué recuerdo le ha dejado?

C. R.—Dos años de recuerdos. No sé si hablaré de ello algún día. Los recuerdos que me ha dejado Gabrielle me los ha dejado a mí, y yo no tengo por qué contarlos. Yo los siento. Yo los he vivido. Lo demás ya lo sabe la gente: era una mujer que se llamaba Gabrielle Russier. Nos queríamos, la encarcelaron y ella se suicidó. Una historia muy sencilla. Usted pretende que yo le dé ahora una idea de lo que ella representaba para mí, que lo resuma en una frase... ¡imposible! Además esas cosas no me gustan. Todo el mundo se equivoca: cada vez que leo un artículo sobre nosotros me encuentro con la palabra «pasión». No fue una pasión. Fue un amor. La pasión no es lúcida. Lo nuestro sí lo era.

● ¿Hasta qué punto?

C. R.—Yo podía criticarla en cuantas cosas me parecían criticables, y ella podía hacer lo mismo conmigo. Pasión y juicio suelen estar reñidos. Esto puede parecer esquemático, pero es así...

● ¿Hablaban ustedes a menudo del problema que representaba la diferencia de edades?

C. R.—Bueno, al principio sí; luego ya no, porque dejó de ser un problema. Por lo menos para mí. Al principio ella pensaba mucho más que yo en aquello, es natural, puesto que ella era la más vieja. Cuando uno ama de verdad a alguien, diez años de diferencia no importan nada.

● Ya que usted habla de lucidez, me pregunto si, a pesar de su edad, usted era el más lúcido de los dos. El que preveía la eventualidad de una separación.

C. R.—Yo no la preveía... Simplemente la admitía... Es verdad que no la rechazaba... Yo me decía a mí mismo que aquello podía durar lo mismo veinte años que no durar nada.

● Pero usted quería probar suerte, vivir con ella libremente, ¿no es eso?

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V.



... SÍ TE VAS NO PODRÉ RESISTIRLO, LE DIJE. TÚ ERES MI ÚNICA ILUSIÓN, LO ÚNICO QUE COMPIENSA MIS FRUSTACIONES DE AMA DE CASA...



... ¡PUES DEJA A TU MARIDO Y VÁMONOS A...! CONTESTÓ ÉL, ¿SABES? ES MUY APASIONADO. MUY ÍMPULSIVO...



... NO, NO, NO... AUNQUE VIVA CON EL CORAZÓN DESTROZADO, AUNQUE DESPERDICIE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE MI VIDA, AUNQUE ME REPUGNE PROFUNDAMENTE MI MARIDO...



... ¡NIÑOS, TENGO QUE ANUNCIAROS QUE LA CIGÜEÑA OS TRAERÁ UN HERMANITO!!

C. R.—Sí, quería ir hasta el final. No podía admitir componendas.

● ¿La encontraba usted inteligente a Gabrielle Russier?

C. R.—Sí...

● ¿Qué faceta de su inteligencia era la que más le impresionaba a usted personalmente?

C. R.—No sé... todo... no sabría decirselo.

● ¿La encontraba guapa?

C. R.—Sí. En cualquier caso me gustaba.

● ¿Cómo se enteró usted de su suicidio?

C. R.—A través de una amiga, en Marsella, el mismo día por la tarde.

● ¿Se sintió usted desesperado?

C. R.—Sí..., bastante..., pero seguro que le ha defraudado a usted el tono de mi respuesta.

● No, comprendo que usted debe estar un poco cansado de todo esto...

C. R.—No, no es eso. Es que quería evitarle a usted la pregunta de si no había pensado en suicidarme... En el artículo de «Match», los padres criticaban a ciertas personas por haberme preguntado una cosa así..., pero se lo diré, si que he pensado en ello.

● ¿Y ahora? ¿Ha encontrado usted por fin un equilibrio?

C. R.—Creo que sí... Aunque no estoy seguro... Claro que depende de lo que usted entienda por «equilibrado»... No sé... Es difícil conocer las reacciones de uno mismo. Lo único que espero es que lo que ha ocurrido no me impida vivir normalmente...

● ¿Cree usted que otros padres se hubiesen comportado de manera diferente?

C. R.—Sí, creo que sí. Yo no rechazo a los adultos en general. Si todos los adultos reaccionasen del mismo modo en casos así, yo no podría reprocharles nada a mis padres. Pero yo, de verdad, no me lo esperaba. Y Gabrielle mucho menos... Y ahora pretenden que la gente les dé la razón. «Christian ya no va al liceo. ¿Qué padres renunciarían a sus obligaciones para con su hijo en un caso semejante?». Ese es el sentido de la entrevista de «Match»: poner a la gente de su parte... Pero lo que dicen es falso.

● No totalmente...

C. R.—No es verdad que en aquella época yo hubiese dejado de ir al liceo, que no fuese nunca por casa, que ellos hubiesen perdido todo contacto conmigo... Pero, en fin, aun suponiendo que sea verdad lo que ellos dicen, estas cosas no se resuelven acudiendo a la justicia. No sé, pero desde el momento en que consideras a tu hijo como ellos me consideraban a mí, es decir, como un niño que aún usa pantalón corto, creo que debe de ser más traumatizante

para él ver llegar a la Policía que estar con una mujer.

● ¿Viviría usted ahora lejos de sus padres, aunque no hubiera pasado nada?

C. R.—Sí, claro que sí.

● ¿De qué vive usted?

C. R.—Trabajo; no me pregunte en qué ni dónde: trabajo y me gano la vida.

● ¿Usted ya no depende económicamente de sus padres?

C. R.—Hace casi un año que no los veo.

● ¿Cree usted que sufren por esta separación?

C. R.—Lo ignoro. Pero, a juzgar por las entrevistas que concaden, no parecen demasiado afectados. Se acuerdan de fechas, de lugares y hasta de las horas. Precisiones que no concuerdan muy bien con la desesperación. ¿Quiere usted que le dé mi opinión? Su artículo constituye un auténtico «dossier». Un «dossier» elaborado con ayuda de un juez de instrucción y de unos abogados. Mis padres llevan tres años frecuentando a abogados.

● ¿Con qué objeto?

C. R.—El de promover procesos. Primero procesaron a Gabrielle, luego consiguieron que se secuestrara un libro, ahora la han tomado con la película...

● ¿Ha suspendido usted sus estudios?

C. R.—No. Hago Filosofía por correspondencia.

● ¿Y después?, ¿a qué piensa dedicarse en la vida?

C. R.—No sé... Haré lo que pueda.

● Si Cayatte le hubiese propuesto que interpretase su propio personaje en la película, ¿habría aceptado?

C. R.—Dicen que Cayatte me lo propuso... No, no habría aceptado. Creo que es imposible volver a vivir sobre el plató lo que se ha vivido en la vida real.

● ¿Le ha emocionado a usted la película?

C. R.—Emocionado... Me ha gustado.

● Usted parece triste. ¿Ha sido siempre usted una persona triste?

C. R.—Depende de los momentos.

● ¿Será quizá por haber tenido que hablar otra vez de todo eso?

C. R.—Mire usted, no creo que una historia, cualquiera que sea, pueda volverle a uno totalmente triste o totalmente alegre. Uno tiene momentos de tristeza y momentos de alegría. No sé... Quizá ahora me encuentro en un momento de tristeza.

● ¿Piensa usted a menudo en Gabrielle Russier?

C. R.—¡Ah, sí!... Bastante a menudo... ■ Declaraciones recogidas por PIERRE BENICHO.